



# AMOR VENTO

PROPAGANDA

JOAN CRAWFORD  
CLARK GABLE

EDICIONES  
BISTAGNE

Apta.



AMOR EN VENTA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## Amor en venta

Magnífico asunto sentimental, de inimitable interpretación  
y exquisita presentación

Dirigido por el famoso  
**CLARENCE BROWN**

Es un film Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por  
**METRO - GOLDWYN - MAYER**  
IBÉRICA, S. A.  
Mallorca, 220  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN



INTERPRETES PRINCIPALES:

Joan Crawford

y

Clark Gable

# Amor en venta

---

ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

I

En la fábrica de cajas de cartón, Mariam trabajaba distraídamente. Por sus manos pasaban las cajas de un modo continuo y regular. Cuando dejaba una a la derecha, ya tenía otra a la izquierda, y con una facilidad hija de la práctica las iba haciendo pasar por la gran máquina, que ponía a estos movimientos regulares el acompañamiento de su martilleo mecánico.

Era una muchacha de original belleza. En conjunto, aquel semblante tenía un formidable poder expresivo.

En cuanto al tipo, era una verda-



dera escultura. Firme y joven, su carne parecía vibrante mármol. Un seno plétórico, turgente y fragante, un vientre graciosamente recogido, y unas piernas de maravillosa esbeltez y perfección.

Mientras las cajas de cartón pasaban por sus manos y éstas las aplicaban a la máquina, el pensamiento de Mariam estaba muy lejos de allí. Triste y preocupada, por su mente se deslizaban, en interminable desfile, visiones de un mundo mejor, en el que anhelaba, pero no esperaba vivir.

Esta desesperanza era la causa de su tristeza.

La fábrica estaba en un pueblo muy distante de la ciudad. Un pueblo sin teatros, sin cines de lujo, sin grandes edificios, sin calles populosas, sin damas elegantes ni caballeros distinguidos, sin todo aquello, en fin, que ella sólo había entrevisto en rápidos viajes y que ahora constituía el más firme ideal de su vida.

En vez de eso, había allí mucho polvo, muchos cerdos y muchas gallinas, un gran silencio y una soledad desoladora. Todo esto llenaba de tedio su alma y le parecía profundamente despreciable.

La sirena lanzó su potente bramido. Era la hora de recoger. Mariam, sin prisas y dominada aún por aquella tristeza que ponía una sombría nube ante sus grandes ojos, comenzó a ordenar las cajas que habían quedado desparramadas.

Una compañera le preguntó:

—¿Cansada?

—Reventada. Esto es insoportable.

Y no volvió a desplegar los labios.

Al salir vió que Al Manning la esperaba y no disimuló un gesto de contrariedad.

Era un joven del pueblo que se había enamorado de ella y no la dejaba a sol ni a sombra a pesar de que Mariam mostraba la misma tenacidad en rechazarle.

El fué al encuentro de la joven y, antes de que pudiera hablar, Mariam le dijo:

—Por Dios, Al. No insistas.

—Di que sí y no volveré a molestarte.

—Si te dijera que sí sería señal de que no me molestabas. Pero da la casualidad de que no te quiero y todo cuanto hagas para que cambie de pensamiento ha de ser inútil. Te ruego que no vuelvas a ha-

blarme de eso si quieres conservar mi amistad.

—Sin tu amistad no podría vivir, Mariam. ¿No lo comprendes?

—Comprendo, pero comprende tú también que es imposible.

—Es que no te has detenido a pensar en mi proposición.

—Demasiado. Me la sé de memoria.

—Muchas mujeres se casan sin amar a sus maridos y después se enamoran de ellos abnegadamente.

—No me seduce la idea de enamorarme de ti.

—Nos casaremos y seremos felices. Te lo aseguro. Lo primero que haría sería comprarte un aparato de radio.

Mariam sonrió desdeñosamente.

—Sería como comprar la felicidad a plazos.

—La verdad es que no te comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Cuáles son tus deseos, tus sueños para el porvenir.

—Pues vas a saberlo. Lo que yo deseo, lo que yo anhelo con toda mi alma es algo que no puedo encontrar en este pueblo.

—En este pueblo podrás tenerlo

todo si te casas conmigo. Mis compañeros de trabajo me envidian. Soy el primero de mi sección. Nadie conoce como yo el cemento armado en la fábrica.

—¡Muy poético!—comentó Mariam irónicamente.

—He oído decir que todo el trabajo, cuando se hace con gusto, tiene su poesía.

—Y muy exquisito—continuó Mariam sin prestar atención a las palabras de Al—. Como que trabajas en mangas de camisa.

—Eso es ahora. Algún día tendré que presentarme de otro modo.

—¿Qué progresos puede hacer quien ha llegado a ser el mejor obrero de la fábrica?

—Puedo ser contratista y hacer negocios por mi cuenta.

—¿Sin dinero?

—Vengan los contratos y ya vendrá el dinero.

—Pero ¿cómo vas a poder conseguir esos contratos?

—Relacionándome con gente de influencia.

—Eso es muy fácil de decir.

—Pues llegará. He de ser rico.

—¿Cuándo?

—Cuando se me presente una oportunidad.



—¿Y si no se te presenta nunca?

—Ya lo creo que se me presentará. Si tienes un poco de paciencia...

—No puedo tener paciencia. No puedo esperar.

—¿Por qué?

—Porque mi juventud y mi cara constituyen mi único patrimonio. Y si no hago buen uso de ello ahora no podré hacerlo nunca. Esperar es perderlo.

—Continuaremos hablando esta noche.

—No espero que nos veamos.

—Tu madre me ha invitado a cenar.

Mariam se encogió de hombros.

—Entonces hasta luego.

—¿No quieres que te acompañe?

—La verdad es que prefiero ir sola.

—Algún día cambiarás de modo de pensar.

Se separaron.

Y mientras los pensamientos de Al eran absorbidos por la imagen de Mariam que no se separaba un momento de su mente, ella dejaba volar los suyos por las altas regiones de los ideales y de los sueños.

II

Anocheecía cuando Mariam pasó por la estación.

Se detuvo para ver el expreso de Nueva York que en aquel momento llegaba.

El convoy, iluminado espléndidamente, entró en la estación. Con majestuosa lentitud, pasó por el lado de Mariam. Ella, desde el andén, contemplaba con envidia a aquellos viajeros que asomaban la cabeza por la ventanilla con expresión de curiosidad y que iban a Nueva York, la urbe formidable, con sus colosales edificios, sus restaurantes de lujo, sus joyerías y sus magníficas tiendas de modas.

De pronto, pasó ante sus ojos el coche salón. Sus grandes ventanillas

abiertas fueron para Mariam como la embocadura de un teatro en cuyo escenario se desarrollaban escenas llenas de tentación.

Primero, una pareja bebiendo champaña y uniendo sus copas en un elegante brindis.

Después, una pareja enlazada por el talle, bailando. Y en la tercera ventanilla otra pareja, pero no bailando, sino unidos sus labios por un beso lleno de pasión y vehemencia.

Ellas iban vestidas de un modo deslumbrante. Las joyas, al moverse, lanzaban mil lucecillas fascinadoras. Y ellos lucían trajes impecables, cortados por las hábiles ma-



nos de algún artista de la confección.

Absorta estaba Mariam contemplando aquel cuadro, mejor dicho, aquellos cuadros sucesivos, todos igualmente tentadores, cuando el convoy se detuvo, de modo que el coche salón quedó ante ella.

Y entonces apareció en la plataforma uno de aquellos caballeros con una copa y una botella en las manos.

Estaba embriagado y se le veía decidido a embriagarse más todavía.

Era un hombre joven, de cabellos rubios y rostro un tanto cómico.

Pero a Mariam le bastó su porte distinguido y el hecho de que fuera de Nueva York, para que se sintiera cautivada por su presencia.

El parecía mucho más cautivado aún por la interesante belleza de la joven.

—¿Usted gusta? — le preguntó, mostrándole la copa y la botella.

—No. Gracias.

—No sabe usted lo que se pierde.

Y se bebió todo el champaña que había en la copa.

—Dicen que la literatura de Cervantes, los versos de Homero y la música de Wagner son muy hermo-

sos. No lo dudo, pero estoy seguro de que todo eso no es nada comparado con un buen champaña. ¿No le parece a usted?

Se echó a reír y añadió con palabra cada vez más insegura:

—Pero ¿qué estoy diciendo? A usted no puede parecerle nada porque no le gusta el champaña y no acostumbra beberlo. ¡Fobrecilla! Toda mi piedad es para usted. Uno se puede morir tranquilo sin haber visto el "Empire State", pero no sin haber probado el champaña.

Se la quedó mirando descaradamente y le preguntó:

—¿Qué demonios hace en este pueblucho de mala muerte?

—Cajas de cartón.

—¡Pues vaya un entretenimiento! Prefiero los problemas de palabras cruzadas.

—No es una diversión, sino mi trabajo. Estoy empleada en una fábrica de cajas de cartón.

—¡Ah!... De todos modos, éste no es sitio para usted. Con lo bonita que es, su porvenir está en una gran ciudad como Nueva York.

Estas palabras halagaron a Mariam profundamente.

—¿De veras cree usted que mi porvenir está en una gran ciudad?

—Y tan de verdad.

—Pues estoy dispuesta a marcharme.

—¿Adónde?

—Probablemente a Nueva York.

El joven del cabello rubio quedó un poco estupefacto ante la inesperada salida de Mariam.

—¡No, no! ¡A mí no me haga usted caso! No quiero responsabilidades.

—¿Qué responsabilidad puede tener porque yo me vaya del pueblo? ¿Acaso ha de sucederme algo malo porque me vaya?

—No tendría nada de particular. Las grandes ciudades son un peligro para las muchachas bonitas.

—¿Para todas?

—Hay excepciones, pero no va a dar la casualidad de que sea usted una de ellas.

—No temo a los peligros de las grandes ciudades.

—En cambio, yo a usted empiezo a temerla. Con usted me perdería. Pero, en fin, ¡sería una pérdida tan grata!

Llenó una copa y se la ofreció.

—Tenga usted. Beba conmigo y así nós perderemos juntos.

Bebió Mariam y en seguida co-

menzó a sentir los efectos del exquisito champaña.

Una viva y extraña alegría la dominó. Su desesperanza se había convertido en seguridad de que todo cuanto anhelaba lo tendría. En su alma florecían bellas ilusiones.

—¿Puede un señorito perder a una muchacha de pueblo? — preguntó Mariam, preocupada aún por las últimas palabras del viajero.

—¡Qué duda cabe!... Pero oiga: ¿sabe usted lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que ni usted ni yo estamos en nuestro papel. Usted debía ser una muchacha tímida. Debía estar avergonzada de que le hablara yo. Y yo, en vez de darle consejos, debía estar galanteándola.

—¿Quién se lo impide?

—¿Y a usted quién le impide ser tímida?

—Nadie. Es que la timidez no va a ninguna parte.

—Gran verdad es esa, bella flor aldeana.

Mariam se pasaba la mano por la frente. Estaba sudando por efecto del champaña.

El viajero la miraba con creciente curiosidad.



—Decididamente usted es una mujer excepcional.  
 —¿Qué otra cosa rara me ha encontrado?  
 —Que no consigo hacerla reír.  
 —¿Por qué he de reírme?  
 —Por la misma causa que otros se ríen cuando les hablo yo.  
 —Si eso le contraría, lo siento.  
 —Pero dejemos eso. Dentro hay unos amigos que son tan divertidos como yo. Ahora bailan y cantan. ¿Los oye usted? Suba y los conocerá.  
 —No puedo. El tren está a punto de partir.  
 —Faltan todavía diez minutos y en ese tiempo se pueden hacer muchas cosas.  
 —Es que mi madre me espera.  
 —Si no quiere subir seguiremos hablando... y bebiendo.

### III

En casa de Mariam la llegada de ésta era esperada por la madre de la joven y Al, su tenaz pretendiente. Estaba éste haciendo el helado, mientras la buena señora daba los últimos toques a la mesa, en la que había tres cubiertos.

La madre de Mariam estaba casi tan interesada como Al en que Mariam concediera su amor al joven. Era una buena mujer que jamás había conocido la ambición y para la que la suprema felicidad de su vida había consistido en casarse con

un hombre trabajador y honrado que le asegurase una existencia tranquila en cualquier rincón aldeano. Y como creía que Al podía proporcionar a Mariam todo eso, era decididamente partidaria de que lo aceptase.

Pero Mariam tenía un carácter muy distinto al de la autora de sus días y sus opiniones no estaban de acuerdo con las de ella.

—¡Cuánto tarda!—exclamó Al, impaciente—. ¡Con el apetito que tengo!

—Llegará de un momento a otro.

Y, en efecto, Mariam entró en la casa. Era evidente que había bebido nuevas copas de champaña.

Estaba muy contenta. Sus ojos brillaban intensamente.

—¡Hola, madre!

Esta y Al la miraban con una mezcla de sorpresa y descontento.

—¿Dónde has estado?

—En la estación, bebiendo champaña.

Y se echó a reír.

—¿Eso te hace gracia?—dijo Al mirándola duramente.

—A mí sí, ¿y a ti?

—A mí no me hace gracia ninguna.

—Bien se ve que somos muy distintos.

—¿Dónde has estado? ¡Di la verdad!

—¿Tienes la pretensión de que me preocupe de engañarte?

La madre intervino, conciliadora:

—No os pongáis a discutir. Mariam nos dirá toda la verdad, porque ella no miente nunca.

Y la joven seguía demostrando que había bebido algo más que una copa.

—¡Claro que no miento! Estaría bueno que perdiera la sinceridad, que es una de las pocas cosas buenas que tengo.

—A ver si es verdad. Contesta, ¿con quién has estado?

De pronto se dió cuenta Mariam de que tenía en la mano la tarjeta que le había dado el viajero. Trató de guardársela, pero Al se la vió.

Se la arrebató con mano nerviosa y leyó: "Wallace Stuart, Park Avenue, 890. Nueva York".

—¿Esta es la causa de tu lamentable estado?—preguntó Al, trémulo de celos y de ira.

—¡A cualquier cosa llamas lamentable estado!—repuso Mariam riendo.



—¿Vas a ir a Nueva York?  
 —Acaso.  
 —¿A ver a ese tipo?  
 —Tal vez.  
 —Ahora me doy cuenta de lo que eres.  
 —No me importa lo que pienses de mí. Tú eres dueño de tu vida y yo de la mía. Cada cual es amo de sí mismo.  
 —No debes hablar así—le reprochó la madre.  
 —¿Por qué no he de decir lo que pienso? Los hombres sacan a la vida todo lo que ésta les concede. Yo quiero hacer lo mismo.  
 —Pero los hombres tienen un cerebro—dijo Al.  
 —También lo tengo yo.  
 —Pues ahí te quedas con él.  
 Arrojó la tarjeta al suelo y se marchó.  
 Mariam se inclinó a recoger la cartulina.  
 Y reía, mientras su madre lloraba.

IV

Estaba Wallace Stuart pasando una de sus frecuentes borracheras con ayuda del hielo que se aplicaba a la cabeza para despejarse, cuando se presentó Mariam.

Lo primero que consideró ésta era que Wallace tenía una magnífica casa, una casa como la que ella hubiera querido para vivir.

—¡Hola, míster Stuart!

Volvió éste la cabeza y, al ver a Mariam y reconocerla, se puso en pie de un salto.

—¿Usted aquí?

Y volvió a desplomarse en la butaca donde estaba sentado cuando entró Mariam.

Ordenó a un criado que se llevara el hielo y todo lo demás que estaba utilizando para su curación y para contrarrestarla bebiendo incesantemente.

—Me dijo usted que viniera. ¿No recuerda?

—No recuerdo nada. No la he visto a usted en mi vida. Además, no puedo recibirla ahora. Estoy muy ocupado.

—Perfectamente — repuso Mariam con irreductible decisión—. Esperaré.

Convencido de que era inútil pretender librarse de ella, Stuart le preguntó:

—¿De verdad ha venido usted porque yo se lo dije?

—Hubiera venido de todos modos. Pero su invitación acabó de decidirme.

—¡En mi vida he cometido una pifia tan grande!

—Pero tranquilícese. Ya le digo

que hubiera venido a Nueva York de todos modos.

—Pero no habría venido a mi casa.

—¡Quién sabe! A lo mejor, el azar...

—Es usted una mujer temible. Esa sangre fría me pone los pelos de punta. Pero, en fin: el caso es que ahora estoy muy ocupado y no podemos hablar. Váyase. Ya hablaremos otro día.

—¿Que me vaya? ¿Adónde?

—Pero ¿no tiene usted dónde ir? Eso es una tremenda imprevisión.

—Sí que tenía dónde ir al salir de casa. Un caballero me había ofrecido la suya. Y, la verdad, no creía que este caballero se volviera atrás.

—¿Lo dice usted por mí?

—Por Wallace Stuart.

Este se llevó las manos a la cabeza.

—Lo dicho. Usted va a ser mi perdición.

Y después de dar unos paseos nerviosos por la estancia, se detuvo ante la visitante.

—Vamos a ver. ¿Eso quiere decir que se entrega usted a mí incondicionalmente?

—Me confío, nada más.



—Eso quería decir.

—Pues ya sabe usted la respuesta. Quiero que usted me aconseje.

—Mal consejero ha buscado usted. Las muchachas que siguen mis consejos suelen acabar suicidándose.

—Puedo anticiparle que no me suicidaré.

—Pero ¿no comprende usted, criatura, que la amistad de un hombre como yo no le conviene? Nosotros no tomamos la vida en serio. Nunca nos levantamos ante de las cuatro de la tarde. Opinamos que el sol es para las plantas.

—¡Muy interesante!

—¡Nada, que no hay medio de convencerla! Ahora hablemos en serio. ¿Qué es lo que la ha impulsado a venir?

—Estoy harta de cajas de cartón y de vivir en un rincón del mundo que parece un desierto. Si la vida es sólo eso, no quiero la vida. ¿Por qué no he de tener yo lo que tienen otras mujeres? ¿No soy de carne y hueso como ellas? ¿Por qué mientras ellas van en auto y se divierten, he de pasar yo la vida encerrada en una fábrica?

—No me diga más. El resto lo sé de memoria. Una muchacha po-

bre, pero bonita, que viene a la ciudad para ayudar a su numerosa familia.

—Nada de eso.

—Bueno, pues a su familia poco numerosa.

—Tampoco.

—Entonces, digamos a una persona de la familia. A su abuelita, por ejemplo.

—No tengo abuela.

—A su hermanito.

—No tengo hermanos.

—A sus pobres sobrinitos.

—Tampoco tengo sobrinos.

—Entonces ¿a quién demonios va a aprovechar este viaje?

—A mí.

—¿Sólo a usted?

—¿Le parece poco?

Stuart estaba cada vez más asombrado ante el tono enérgico y natural que Mariam empleaba.

—Decididamente es usted una mujer extraordinaria. Venga cerca de la luz. Quiero verla bien.

Obedeció Mariam y Wallace la examinó de cerca y detenidamente.

—Bonitos ojos—comentó—. Eso está bien.

Después levantó unos centímetros la mirada y exclamó:

—Frente inteligente. ¡Malo!

Y continuó el examen.

—Mucho valor. Empléelo... Mucho orgullo. Ocúltelo.

Dió un paso atrás y lanzó este comentario definitivamente:

—Está usted muy bien equipada para la lucha.

Y cuando esperaba escuchar una palabra de gratitud por el halagüeño comentario, Mariam le desconcertó una vez más con esta respuesta:

—Ya lo sabía.

V

Stuart no disimuló un gesto de contrariedad.

—Ya le he dicho que el orgullo hay que ocultarlo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Qué planes tiene?

—Interrogar a usted para formarlos.

—Pregunte.

—¿Qué hacen las demás?

—Todas no hacen lo mismo. Pe-

ro voy a decirle lo que hacen las que han tomado la delantera en el camino de usted. Buscan a un hombre rico y cuando lo encuentran... dejan que la vida siga su curso. ¿Comprende usted?

—Perfectamente. ¿No hay otro modo de subir?

—No lo hay. Es el único camino. Debe encontrar un hombre rico que la ayude.



—Entonces ¡qué remedio!  
 —Le recomiendo que nunca mire a los ojos a los hombres.  
 —¿Por qué?  
 —Porque le conviene más mirarlos a la cartera y no se puede mirar a dos partes al mismo tiempo.  
 —¿Qué más?  
 —Eso es todo.  
 —Pues gracias por todo.  
 —Y como le conviene empezar ahora mismo, le agradeceré que se vaya.  
 —Preferiría quedarme.  
 —Yo no.  
 —Podría usted completar su obra presentándose a sus amigos.  
 —¿Por quién me ha tomado?  
 —Perdone si le he ofendido.  
 —La perdono, pero váyase.  
 En vista de que no había medio de convencerle, Mariam se marchó, después de despedirse de Stuart y de repetirle las gracias por sus consejos.  
 Empezó a bajar las escaleras lentamente. ¿Adónde iría? ¿Dónde estaría el hombre que Wallace le recomendaba? ¿Cómo encontrarlo? ¿Qué hacer hasta que lo encontrara?  
 Pero se detuvo al mismo tiempo

que estos pensamientos huían de su mente.

Era que acababa de salir del ascensor un joven arrogante y vestido con impecable elegancia.

De un hombre así si que sería ella capaz de enamorarse. Aquel joven reunía las cualidades que formaban el tipo de su ideal de amor. Arrogancia, distinción, virilidad en la elegancia...

Iba acompañado de un amigo, pero en éste apenas reparó Mariam. Sólo tenía ojos para el arrogante joven.

Y contemplándolo estaba cuando vio que llamaba en la puerta del piso de Stuart.

Cuando desapareció en el interior, Mariam siguió inmóvil y pensativa. Un deseo comenzaba a esbozarse en su mente: entablar amistad con el simpático visitante de Stuart.

¿Cómo?

Un segundo después había hallado su mente la solución al problema.

Se quitó el sombrero, lo ocultó y se fué a la puerta decididamente.

Entretanto, el visitante había sido acogido cordialísimamente por Stuart.

—¡Hola, grande hombre! ¿Qué es de tu vida?

—Os lo podéis figurar. Abrumado de trabajo.

—¿De trabajo? ¡Lagarto, lagarto!

—¿Y tú?

—También te lo puedes figurar.

—De juerga en juerga ¿eh?

—¡Hombre! ¡Tanto como eso!... Por una noche que echa uno una canita al aire, ya es un juerguista.

—A cualquier cosa llamáis vosotros "canita".

—En cambio, tú profesas una verdadera fobia a las juergas. Todos los extremismos son malos.

—Los políticos no podemos hacer ciertas cosas.

—¡Ya salió el concejal! Pero tienes razón, Witney — comentó Wallace—. Pero eso no quiere decir que tengas que despreciarme un cóctel.

—En modo alguno.

—Pues voy a prepararlo.

En este momento llamaron a la puerta y entró Mariam.

—¿Está míster Stuart?

Su reaparición había despertado la curiosidad de Witney y su amigo, pero el más interesado era Witney. Le había llamado la aten-

ción, más que la belleza, el gesto de aquella muchacha. En sus ojos brillaba una hermosa franqueza. El aspecto de Mariam era lo bastante original para seducir a un hombre de las dotes espirituales de Witney.

Como Stuart se había ido a preparar el cóctel, contestó Witney:

—Stuart no está en este momento. ¿Podemos servirla en algo?

—He perdido mi sombrero.

Todos se pusieron a buscarlo. Volvió Wallace y al ver a Mariam creyó desmayarse.

—¿Otra vez aquí?

—He perdido mi sombrero.

—¡Pero si lo llevaba usted puesto cuando se ha ido!

—Por lo visto lo ha perdido en la calle—intervino Witney.

—Entonces que no venga a buscarlo aquí—repuso Stuart de mal humor.

—Si cuando perdemos una cosa —dijo Witney con el evidente propósito de defender a Mariam—supiéramos dónde está, no se nos habría perdido... Y el caso es que el sombrero está aquí.

Y lo sacó de la cintura de Mariam, por donde asomaba.

Mariam agradeció con una sonrisa la defensa del simpático joven.



Animado por ella, dijo Witney:

—Me parece que te estás portando poco correctamente, Wallace.

—¿Con la señorita?

—Y conmigo. Estamos los dos en tu casa y no nos conocemos.

Comprendió Stuart perfectamente lo que aquello quería decir y los presentó.

—Mariam Martin... Mark Witney, influyente concejal que acaba de llegar en auto de Florida... Este otro señor es Travers. También acaba de regresar de Florida.

—¿De Florida? —preguntó Mariam dirigiéndose a Travers.

—¿Por qué le extraña?

—¿No es a Florida adonde van los millonarios?

—Ciertamente.

—¿Y usted lo es?

—Soy millonario, pero de los modestos.

—Más tiene Rockfeller, ¿verdad? —terció Wallace.

—Tú lo has dicho.

Y añadió, dirigiéndose a la joven:

—Pero dígame: ¿por qué le extraña que sea millonario?

—Porque creía que los buenos mozos eran siempre pobres.

—Pues en este caso se ha equivocado.

—Quisiera creerlo.

—¿Todavía lo duda?

—¿Cómo podría enterarme?

—Es muy fácil. Pida usted mi informe a la agencia Dun.

—Me fiaré de usted. Dígame: ¿de veras es usted rico?

—De veras.

—No pierda usted el tiempo, Mariam — intervino Stuart—. Se acaba de casar.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Se ha casado con Marta Van Ryn, apellido que usted sin duda conoce.

—¿Quién no conoce a los Van Ryn?

—Pues ya ve como ha llegado tarde.

—¡Qué lástima! —exclamó Mariam.

—Le agradezco mucho ese interés que demuestra por mí.

—Pero en fin, ¡qué le vamos a hacer!

Y Mariam se volvió a Mark Witney.

—¿Me toca a mí el turno? Bien. Ahí va mi tarjeta.

Mariam sonrió.

Se sentía sinceramente halagada al poder hablar con aquel admirado joven.

—Siento no poder darle yo la bre y que es usted muy bonita. mía. Me las he dejado en el pueblo. Y Stuart pensaba:

—Le ha tocado la china al pobre Mark.

—Me basta con saber su nombre Mark.

## VI

Mark había tomado dos copas de cóctel de la bandeja, que el criado le presentaba.

—¿Quiere refrescarse la boca? —preguntó ofreciéndole una a Mariam.

—No me seduce. Lo que yo necesito es comer. No he tomado nada desde el desayuno.

—Lo mismo me pasa a mí.

—¡Qué casualidad! Dos muertos de hambre.

—Dios los cría...

—Y ellos se juntan.

—Pero para eso tengo yo una solución excelente.

—¿Cuál?

—La de comer.

—Es una gran idea.

—Conozco un sitio donde hay toda clase de remedios para los hambrientos.

Y añadió:

—¿Sería usted capaz de acompañarme?

—Con mucho gusto.

—Pues para luego es tarde.

Cuando Stuart vió que su amigo



cogía el sombrero, se aprestó a acudir en su defensa.

—¿Dónde vas, Mark?

—A cenar con la señorita Martin. Da la casualidad de que los dos estamos muertos de hambre y yo soy partidario de solucionar estas cosas en seguida.

—¡Cuidado, Mark! Va por el dinero.

—¿Te refieres a Mariam?

—Sí. Mariam va por tu dinero.

Mark se volvió a su amiga y le dirigió una alegre mirada.

—¿Es eso verdad?

—Sí — repuso Mariam con su desconcertante franqueza.

—Es usted muy franca.

—¿Prefiere que le mienta?

—De ningún modo. La franqueza es una de las cualidades que más admiro.

Y después de esto salieron de casa de Stuart, sin que éste intentara volver a interceder en favor de su amigo, tan seguro estaba de que todo había de ser inútil.

\* \* \*

Entraron en uno de los muchos restaurantes de lujo que Mark conocía.

Comenzaba para Mariam la vida en que había soñado. De súbito, sólo con las horas de diferencia que el tren había tardado en llevarla

desde el pueblo a Nueva York, se sentía elevada desde el plano más humilde de la vida al más brillante.

Pero su carácter, asistido siempre de la virtud o el defecto del orgullo, le impidió hacer el menor

comentario sobre ello. Ni siquiera con un gesto demostró la emoción que sentirse en aquel ambiente le producía. Por primera vez experimentaba la necesidad de sacrificar su franqueza.

Se acercó el camarero.

—¿Qué desean los señores?

Tomó Mariam la carta, que el camarero le ofrecía, le echó una rápida ojeada, y como no entendía aquellos nombres de guisos raros, dijo sin vacilar:

—A mí tráigame carne con patatas y una salsa. Después judías y manzanas con mantecado.

—Perfectamente, señora.

Y preguntó entregando a Mark la carta:

—¿Y el señor?

Él contestó, rechazando la cartulina:

—Lo mismo.

Se marchó el camarero. Mark miraba fijamente a su amiguita:

—¿Siempre es usted tan rápida en sus decisiones?

—Siempre.

—Me gustan las mujeres que saben lo que quieren.

—Es lo menos que puede hacer una persona.

—Es verdad.

Y Mark se dispuso, satisfecho y sonriente, a probar por primera vez en su vida lo que la inexperiencia y la decisión de Mariam le iban a obligar a comer.



VII

Mariam iba enumerando:

—*Crème de champignons. Sole Marguery. Poitrine de pintade truffée...*

El criado tomaba nota en un cuaderno.

Cuando Mariam hubo terminado, preguntó:

—¿A qué hora es la cena?

—A las ocho y media.

—Perfectamente, señora. ¿Quiere la señora echar una mirada a los tarjetones?

—Sí.

Y después de examinar unos cuantos, comenzó a colocarlos ante los cubiertos, preparados ya sobre la magnífica mesa.

—Mister Witney me anunció que

*madame* seleccionaría los vinos — declaró el criado.

—Apunte usted.

Y fué diciendo de memoria:

—Chablis con el pescado, que está bien *frappé*. Con el *roti* Chambertín de Borgoña, completamente *chambré*.

La que daba estas instrucciones era Mariam. Había cambiado mucho desde aquella noche en que cenaba por primera vez con Mark. No sólo había progresado en el gusto para seleccionar las comidas, trocando la carne con patatas por el "poitrine de pintade truffée", sino que la muchacha de pueblo se había convertido por todos conceptos en una gran dama.

Iba elegantísimamente vestida y era de ver la majestuosidad de sus movimientos, el ritmo que adquirirían aquellas líneas estatuarías, enfundadas en el espléndido vestido creado por uno de los modistos más famosos de la Quinta Avenida.

La casa era también magnífica y todo estaba a tono con la brillantez que acusaba la indumentaria de Mariam y con aquellas joyas que armonizaban maravillosamente con el terciopelo de su piel.

Entretanto, hablaban en una habitación inmediata Mark y Stuart.

Éste alababa las condiciones políticas de Witney y, sin saber cómo, la conversación derivó hacia el tema de Mariam, la amada amante de Mark.

Pero éste parecía empeñado en desviar la conversación.

—¿Es que no bebes?

—¡Claro que bebo! Si no pudiera beber ya me habría suicidado... Pero a lo que íbamos. Mariam es una mujer admirable.

—¿Quieres *scotch* o *rye*?

—Una mujer como hay pocas.

—¿*Ginger ale*?

—Es de las que nunca cansan.

—¿Un poco de hielo?

—¡Sí, hombre, sí! ¡Lo que quie-

ras! Pero me parece que merezco que me escuches.

—Te escucho.

—¿Por qué no te casas con ella?

—Me arrepiento de haberte escuchado.

—¿Por qué?

—Porque te metes en camisa de once varas.

—Lo reconozco, pero contesta. ¿Por qué no te casas con Mariam?

—Ya sabes lo que pienso del matrimonio desde que pasó *aquello*... Todavía me parece estar leyendo los periódicos. "Un millonario descubre a su esposa en dulce coloquio con el chofer." Y el millonario era yo y allí estaba escrito mi nombre.

—Eso ya pasó. Todo el mundo lo ha olvidado.

—Yo no.

—Esa gran señora era una mala mujer con todo su apellido. Mariam es una buena muchacha.

—¡Basta de divorcios y juzgados! La pérdida de una novia es una desgracia, pero no un escándalo público.

—Con Mariam no habría escándalos.

—La quiero demasiado para hacer la prueba.



En este momento apareció ante ellos Mariam.

—Como todo está listo, me voy a mi casa a vestirme.

—¿No tardarás?

—En seguida estoy de vuelta.

En efecto, regresó muy pronto a casa de Mark y se reunió con éste en sus habitaciones, cuando también él acababa de vestirse para la cena.

Se besaron. Los dos pusieron en el beso un cariño inocultable. Los dos se amaban más cada día.

Se habían olvidado de todo al verse el uno en los brazos del otro. Del salón habían pasado al gabinete, y allí se dió cuenta Mark de que Mariam se había puesto sus mejores joyas.

Cogió el collar y lo tuvo un momento entre sus dedos como acariciándolo, al mismo tiempo que acariciaba recuerdos que le hacían sonreír.

—Comprado en Montecarlo — evocó ella—. Fué el recuerdo de nuestro primer aniversario.

—Eso mismo estaba pensando yo. Tenías otro, pero lo perdiste.

—Y tú me compraste éste aquel mismo día.

Siguió Mark examinando las joyas que Mariam llevaba puestas y

siguieron entre los dos trenzando recuerdos de sus días felices.

—Comprado en Viena. Recuerdo de nuestro segundo aniversario... Comprado en París el tercer año de nuestro amor. Recuerdo que esta joya la pusiste en una caja de cartón.

—Y que casi la tiras sin abrirla.

—Siempre odié las cajas de cartón.

—La verdad es que hemos sido muy felices.

—Yo mucho más que tú.

—Hay cosas que no pueden medirse.

—¿Recuerdas cuándo decidiste que me hiciera llamar la señora de Moreland?

—Una señora divorciada no ha de explicar ciertas cosas.

—Es verdad—sonrió Mariam.

Y en esta sonrisa había algo así como un lejano resplandor de tristeza.

¿Por qué?

Mark advirtió aquel gesto y preguntó:

—¿Arrepentida?

Y Mariam volvió a recobrar toda su habitual entereza.

—Nunca me arrepiento de nada de lo que hago.

Se dió cuenta en este momento de lo avanzado de la hora:

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡Si son las nueve y media!

—¿Las nueve y media?

—Sí. Y la cena estaba anunciada para hace una hora.

Y entonces bajaron al comedor.

## VIII

En seguida habían afluído alrededor de ella varios caballeros.

Sin que por su mente pasara la más remota idea de que Mariam pudiera ser infiel a su amante, se complacían en adorarla como a un ídolo. Era una adoración respetuosa y purísima, que no podía ofender a Mark y mucho menos a ella.

Mariam repartía el oro de sus risas, la gracia inimitable de sus gestos, el tesoro de sus palabras y todo esto era como un imán para aquellos caballeros que habían

montado alrededor de la hermosa mujer una estrecha guardia.

Ella se había sentado ante el piano y en seguida llovieron las peticiones.

—Toque usted algo.

—Es mejor que cante.

—Eso: que cante.

—Algo en francés—dijo uno de nacionalidad francesa.

—Voy a complacerle.

Y Mariam cantó en francés una bella canción que sólo comprendió completamente el caballero de



Francia. Los demás sólo pudieron apreciar que en todos los idiomas la voz de Mariam resultaba igualmente dulce y expresiva.

—El amor sólo puede expresarse en alemán—dijo otro de los caballeros, que era germano.

—Pues ahora me toca complacerle a usted.

Y cantó en alemán la misma canción.

Si hubieran conocido hacía algunos años a Mariam, aquella muchacha sin más fuentes de cultura que las que podía encontrar en un pueblecillo perdido en la inmensidad de un valle, se habrían hecho cruces de que en tan poco tiempo la humilde obrera de una fábrica de cajas de cartón se hubiera convertido en una inteligente y culta dama que conocía a la perfección varios idiomas.

Después de cantar en alemán, con lo que el germano permaneció unos momentos sumido en el más dulce éxtasis, cantó en inglés y finalmente lo hizo en español.

Era una canción sentimental y sencilla, pero con esa sencillez pe-

netrante que llega fácilmente al alma.

La canción decía así:  
"Hoy con tus besos me acaricias.  
¿Sentiré mañana las mismas  
[delicias?

Aunque nos queremos de verdad,  
¿Cuándo nuestro amor morirá?  
Eres el fiel galán  
de todos mis embelesos,  
y me das tus besos.  
¿Cuándo se acabarán?  
Aunque dejes de quererme,  
siempre te seré fiel,  
y sólo dejaré verme  
de las flores de mi vergel.  
Contigo mi corazón siempre feliz  
[será.

Mi bien dulce y arrogante,  
es mi pregunta constante:  
¿Cuándo nuestro amor morirá?"

Terminada la canción todos aplaudieron.

Después se originó una discusión acerca de si resultaba mejor en francés que en alemán, o en inglés que en español.

Mariam puso fin al tema con estas certeras palabras:

—Cuando se quiere de verdad, el idioma no importa.

\* \* \*

Había terminado la cena y estaban todos reunidos en el salón, cuando un criado anunció a Mark que le llamaban al teléfono.

—¿Ha dicho quién es?

—Míster Travers, señor.

—¿Travers? ¿Ha oído usted bien?

—Perfectamente, señor.

—¡Qué sorpresa!

Se apresuró a acudir al teléfono.

Cuando Mark reconoció la voz de Travers, lanzó una exclamación de asombro:

—Pero ¿eres tú de verdad?  
¡Creí que estabas en Honolulu!

—Estaba, pero ahora estoy aquí.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta noche, con mi mujer.

—¡Bravo, hombre, bravo!

—¿Algún asunto urgente?—preguntó Mariam.

—Nada de eso, querida. Ya te creías que nos habían agitado la noche, ¿verdad? Pues no. Es que míster Travers ha llegado con su mujer de Honolulu.

Y añadió, tapando el transmisor:

—¿Quieres que los invitemos?

—¿Cómo no he de querer, tratándose de dos personas queridas por ti?

—Es un buen chico. Muy simpático. Tú ya le conoces.

Descubrió el transmisor y se lo entregó a Mariam, que habló con Travers.

—Estamos de fiesta. ¿Por qué no se deja caer por aquí?

—¿Puedo llevar a mi mujercita?

—Eso no se pregunta.

—Entonces hasta ahora mismo.

—Adiós. Hasta luego.



## IX

Mark se mostró muy satisfecho de poder dar a Mariam aquella prueba de estimación.

—Va a venir la esposa de Travers. Una gran señora. Estaba deseando que la conocieras. Sólo esperaba una ocasión así para presentártela.

Mariam estaba también emocionada. A casa de Mark, cuando estaba ella, no acostumbraban ir más que los amigos de Mark. A sus esposas las dejaban en casita o las mandaban al teatro, como si ella sufriera una enfermedad contagiosa sólo para las mujeres. Muchas atenciones, muchas galanterías, pero ninguna prueba de consideración verdadera.

¡Cuántas veces había pensado Mariam en esto con amargura! Pero comprendía que no tenía derecho a quejarse. Ella se había buscado aquella situación, y ella sabía muy bien lo que aquel modo de vivir significaba en una época en que los convencionalismos sociales llegaban a extremos inauditos.

Pero eso no obstaba para que su magnífico corazón y su fina sensibilidad, más afinada aún desde que se uniera a Mark y viviera en el ambiente exquisito y espléndido al que él la había encumbrado, se sintieran heridos cada vez que recibían una de estas demostraciones humillantes.

Por eso ahora, al enterarse de

que la esposa de uno de los amigos de Mark iba a ir a visitarla, sintió una mezcla de alegría y de emoción.

—¿Crees que le seré simpática?

—preguntó trémula de ilusión como un niño.

—Seguramente. Tiene muy buen gusto.

—¿No te parece que debo quitarte algunas joyas para aparecer más sencilla?

—Me parece una medida muy prudente, digna de ti.

Se fué Mariam a su habitación y bajó en seguida, después de haber dejado en el joyero aquellos valiosos recuerdos que había estado mirando con Mark horas antes.

Al mismo tiempo había rebajado prudentemente el carmín de los labios y el tono oscuro de los ojos. Quería mostrarse elegante, pero sencilla, como una verdadera señora.

Cuando el criado anunció a mister Travers, Mark y Mariam acudieron a recibirlo.

Le era difícil a Mariam, siempre tan entera, disimular su emoción.

Mark y Travers se estrecharon la mano.

El concejal experimentó entonces

cierta sorpresa. Travers estaba bebido. No se explicaba cómo en aquel estado se atrevía a ir por la calle con su esposa.

Esta, lejos de mostrarse disgustada por el estado de su marido, parecía tan contenta como si hubiera bebido también.

—¡Tanto honor, señora de Travers! —dijo Mark tendiéndole la mano.

—Pero ¿qué estás diciendo?—le interrumpió Travers con tono zumbón—. ¿Crees que voy a traer aquí a mi mujer?

Mark se quedó perplejo. El rostro de Mariam se cubrió de intensa palidez.

—Es miss la Verne —dijo con énfasis—, una de las muchachas más divertidas que he encontrado en los cabarets de Nueva York.

Mark se volvió a Mariam y le envió una mirada que era como una demanda de perdón por lo que estaba ocurriendo. Pero ya ella, siempre tan valerosa, había acertado a sonreír.

Incluso saludó a la joven amablemente. Ella se acercó a Mariam y le dijo guiñándole un ojo con un gesto de barrio bajo:

—¡Qué bien te lo has sabido ele-



gir! Un hombre así me hacía falta a mí. Te envidio, chica.

Después saludó alegremente a todos los caballeros.

Entraron en el salón. Travers y su compañera siguieron el régimen alcohólico iniciado en los cabarets.

Miss la Verne era una verdadera maestra en el arte de divertir a los hombres.

Así se explica que todos los amigos de Mark afluyeran alrededor de ella como moscas.

Uno la invitaba a beber. Otro la invitaba a bailar. Y ella los acogía cordialmente a todos. Reía, bebía y bailaba con ellos.

El francés consiguió llevársela a la azotea y allí mantuvo con ella una conversación que no podemos resistir a la tentación de transcribir.

—¿No le parece a usted que nos conviene a los dos descansar un poco del bullicio del salón?—había preguntado el caballero.

—A mí me gusta todo lo que le guste a usted — había contestado ella, de un modo que aturdió al hijo de Francia.

—¿Qué diría su caballero si la oyera?

—¿Mi caballero? Yo no tengo caballero.

—Me refiero a míster Travers.

—Ese no es nada mío. Es un tío que sólo tiene una cosa buena: que le gusta mucho beber. Pero por lo demás, es más aburrido que una ostra y más tacaño que un usurero.

—Sin embargo, son ustedes muy buenos amigos.

—Nos conocemos hace bastante tiempo, pero nada más. Si esta noche me ha invitado, es porque llevaba en el cuerpo cuatro copas de más. Cuando está despejado, no conoce ni a su abuela.

—Entonces — dijo el francés, siempre insinuante—, ¿está usted libre?

—Ya lo creo. Tan libre como una paloma fuera del palomar. ¿Por qué lo dice usted? ¿Acaso va usted a hacerme una proposición?

—Sí.

—¡Oh! Por algo decía yo que era usted la mar de simpático.

—Quiero proponerle que vayamos mañana a cenar juntos.

—¿Eso nada más?—preguntó la Verne decepcionada.

—¿Qué más esperaba usted?

—¡Toma Pues una cosa segura y para siempre. Una buena casa como ésta, con criados y grandes cortinajes.

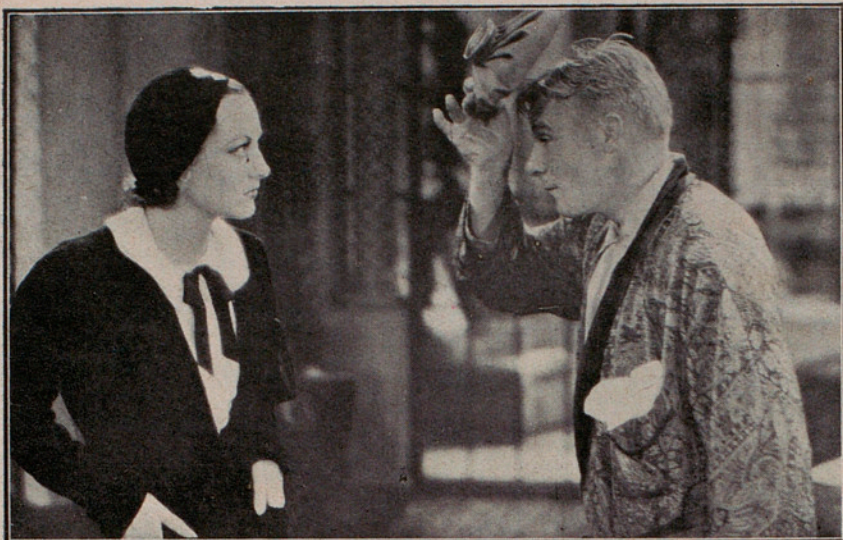


Mientras las cajas de cartón pasaban por sus manos...

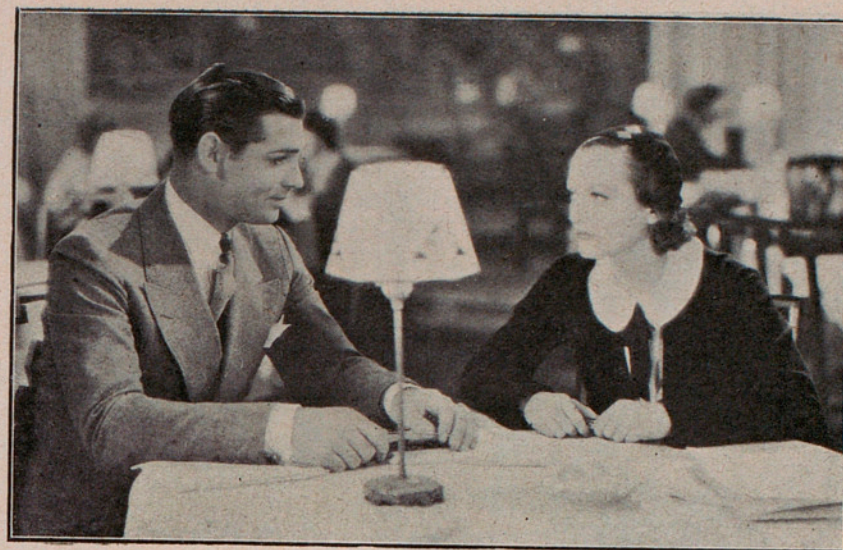


—Sería como comprar la felicidad a plazos.

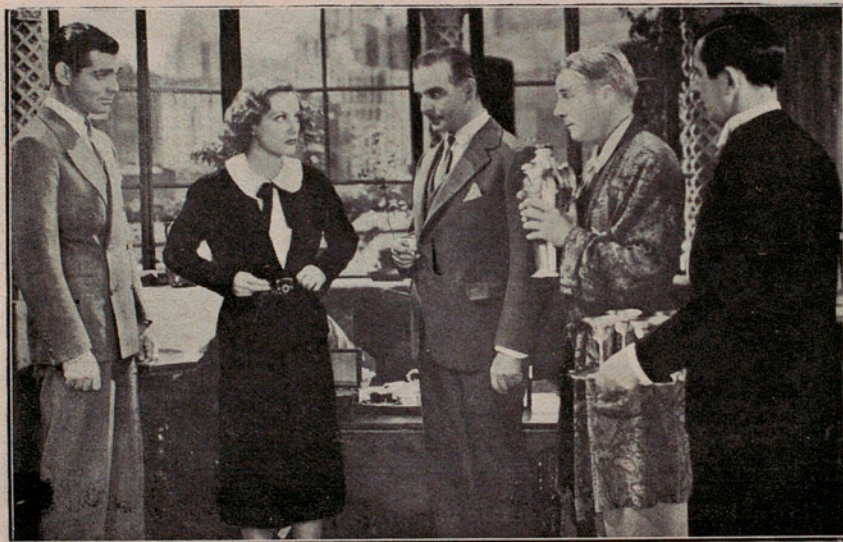




—Me dijo usted que viniera. ¿No recuerda?



—¿Siempre es usted tan rápida en sus decisiones?



—Me parece que te estás portando poco correctamente, Wallace.

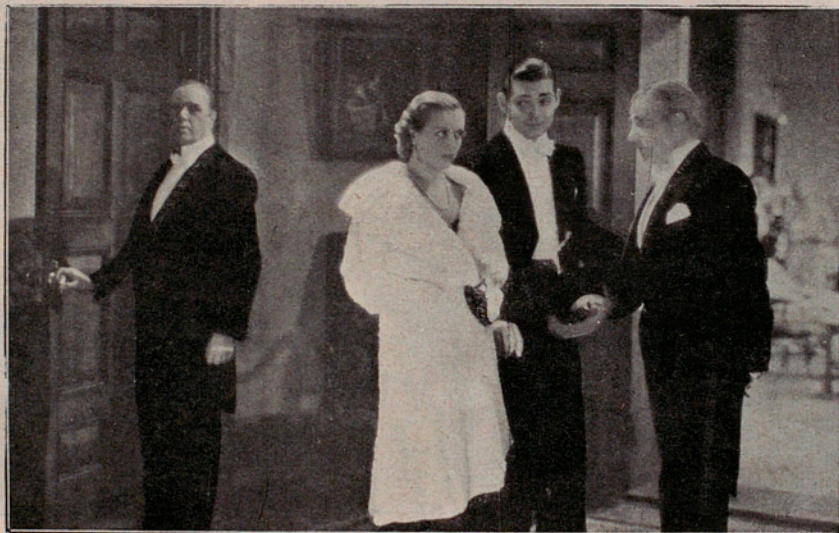


—Como todo está listo, me voy a mi casa a vestirme.





...y allí se dió cuenta Mark de que Mariam se había puesto sus mejores joyas.



Y entonces bajaron al comedor.



—Toque usted algo.



—Estamos de fiesta.





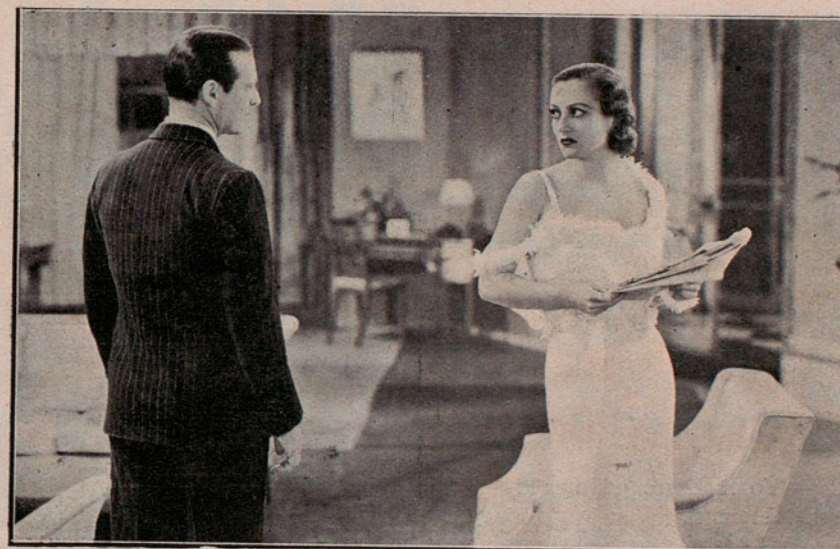
Después saludó alegremente a todos los caballeros.



—Siento mucho lo ocurrido, Mariam.

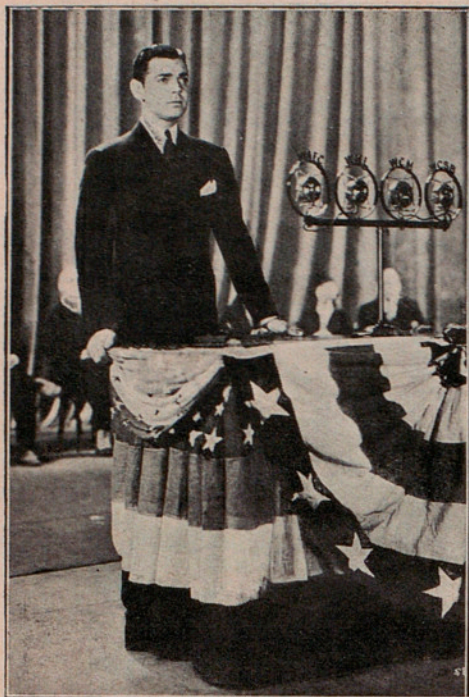


—...Una esposa no sería tan comprensiva como tú.



—He amado a Mark Witney.





Mark permanecía inmóvil y pálido en medio de la escena.



—Yo explicaré quién es la señora de Moreland.

El francés hizo un esfuerzo para sonreír. ¡No se quedaba corta pidiendo aquella muchacha!

—¿Qué dice usted a eso?—inquirió la Verne como con el deseo de salir cuanto antes de dudas—. ¿Le conviene o no le conviene?

—Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora...

—¡Como que se cree usted que yo me chupo el dedo! Estoy harta de oír eso de “más adelante” y, la verdad, es una fecha que nunca llega. Ustedes lo que quieren es divertirse una noche, y después, si te he visto no me acuerdo. Para eso no le necesito a usted.

Le volvió la espalda y entró en el salón.

Vió solo al alemán y se dijo: “Este tío tiene cara de ricachón.”

Y se fué hacia él derechamente.

Como en aquel momento el germano estaba apurando una copa de champaña, acabó de beberse el contenido y cogió otras dos, una de las cuales ofreció a la alegre joven.

—¿Le gusta a usted el champaña?

—Más que Ramón Novarro.

—Me gusta su franqueza.

—¿Para qué andarse con pampinas?

—Eso digo yo. Brindemos.

Brindaron. Bebieron. Después, la Verne sometió al germano al duro castigo de sus miradas, aprendidas en el cinematógrafo, y el final fué un diálogo de carácter íntimo en la azotea.

—¿Tiene algún derecho sobre usted míster Travers?—preguntó el galanteador.

—Ni derecho ni torcido. Soy libre.

El alemán miró a un lado y a otro, y cuando se convenció de que nadie le escuchaba, dijo a la Verne con tono insinuante:

—¿Se enfadaría usted si le propusiera un viaje?

—Al contrario. ¡Con lo que a mí me gusta viajar!

—Entonces, yo saldré primero y usted saldrá después. Nos reuniremos en la esquina.

—Pero ¿vamos a marcharnos de viaje ahora mismo?

—No me gusta dejar para mañana lo que puedo hacer hoy.

—Pero así, sin equipaje...

—¿Para qué quiere usted el equipaje?

—¡Toma! Pues para lo que lo quiere todo el mundo que se va de viaje.

—Me parece que no me ha entendido usted. El viaje a que me



refiero es muy corto y en un taxi. Una vueltecita por las afueras.

La Verne dirigió al alemán una mirada llena de ferocidad.

—¿Todo eso se le ha ocurrido a usted? Esos viajecitos los doy yo cuando quiero y tengo un dólar. No necesito que nadie me invite. Yo me creía que estaba usted hablando de un viaje a Berlín.

El alemán se estremeció sólo de pensar lo que ocurriría si él se presentara en su patria, donde tan conocido era, con una mujer como aquella con la que estaba hablando.

Y desde aquel momento sólo se preocupó de esperar la ocasión de dar la conversación por terminada.

Pero en vista de que esta ocasión no se presentaba, tuvo una idea genial.

—Conozco a un señor que es italiano y está a punto de marcharse a Italia.

—¿Dónde está?

—Aquí.

—¿En esta casa?

—Sí. Usted lo ha saludado. Lo digo porque como veo que le gusta tanto viajar, acaso él, si usted se lo propone...

—¿Para qué, si va a acabar ofre-

ciéndome llevarme en el "metro"? Los conozco a ustedes muy bien.

—¿A nosotros?

—A los hombres.

—Pues me parece que se equivoca usted al juzgar al italiano—dijo el alemán, decidido a todo con tal de quitarse aquel "peligro" de encima.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué lo dice?

—Porque acostumbra llevarse una amigueta cada vez que se va de viaje.

—¡Oh! Preséntemelo.

Así lo hizo el alemán.

La Verne y el italiano salieron a la terraza.

Y allí recibió la joven un nuevo desengaño. Era verdad que el italiano se marchaba a Italia, pero en compañía de su mujer.

En vista de estos repetidos fracasos, La Verne decidió no volverse a ocupar del asunto y sacar el máximo provecho de aquella noche.

Para ello bailó con todos, bebió todas las copas de champaña que le ofrecían y realizó cuantas locuras le dictaba su bulliciosa imaginación de muchacha de cabaret.

\* \* \*

Ni que decir tiene que desde entonces la fiesta fué más bien un funeral para Mark y Mariam.

A cada momento, la Verne se acercaba a la dueña de la casa para molestarla con alguna frase de su desdichado repertorio.

—¿Tiene tu amigo algún otro amigo para mí?

Y Mark, profundamente disgustado, iba de un lado a otro del salón con nerviosismo y deseo de que la reunión acabara cuanto antes.

Se encontró con Travers en una de estas idas y venidas.

No pudo contenerse y le dijo con severidad:

—No debías haber traído a esa pobre desgraciada.

—¿Por qué? A casa de tu amigueta ¿qué quieres que me traiga sino una amigueta? ¿Hay alguna diferencia entre las dos?

Mark cerró los puños y por sus ojos pasó una nube de indignación.

—¡Si no estuvieras bebido!...

Al darse cuenta de que Mariam había oído la humillante frase de Travers, aumentó la ira de Mark, el cual añadió en tono de amenaza:

—Mañana, cuando estés más despejado, le pedirás perdón a Mariam.



Travers experimentó cierta inquietud, más que por las palabras de Mark, por el tono en que habían sido pronunciadas.

—¡Bueno, hombre, bueno! No te pongas así.

Los más discretos comprendieron en parte lo que había ocurrido y comenzaron a desfilar.

Aun en el momento de despedirse, la Verne, con estúpida inconsciencia, preguntó a Mariam:

—¿Me prometes telefonarme si algún amigo de tu amigo necesita una amiguita?

Y por fin consiguieron lo que tanto deseaban, tanto Mariam como Mark: quedarse solos.

\* \* \*

—Siento mucho lo ocurrido, Mariam.

Ella sonrió amargamente.

—Tiene razón. ¿Qué diferencia hay entre ella y yo?

—Ya sé lo que vas a decir.

—Descuida. No lo diré.

—Pero lo piensas.

—Eso no puedo remediarlo.

—Pues bien, yo voy a contestar a eso. No estamos casados, pero estamos unidos por nuestro propio

honor. Aunque estuviéramos casados no te respetaría más.

—Si no te reprocho nada, Mark.

—Pero estás triste. Te duele esta situación.

—Es que tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí.

—¿Dónde está aquella muchacha tan valiente que llegó un día a Nueva York para conquistarlo?

—Aquella muchacha está aquí.

Es la misma. Pero ha aprendido ciertas cosas.

—¿Te pesa?

—No lo sé. Yo vine dispuesta a conquistar a un hombre y no a quererlo.

—Y ha sucedido todo lo contrario.

—Tú lo has dicho. Y al suceder eso han cambiado mucho las cosas. Si no te amara de verdad, no me habría importado la broma de tu amigo. Así me parece como si hubiera humillado a mi amor, a mi amor que es algo muy grande, profundo y elevado.

—Pero eso no es para tener miedo.

—El miedo es a otra cosa. Siem-

pre que se ama de verdad se teme perder el objeto amado.

Mark sonrió. La enlazó dulcemente con sus brazos. Le dijo:

—Para eso sólo tengo yo una respuesta. ¿Recuerdas las palomas de Venecia? Estaban en libertad. Todos los años se marchaban y siempre volvían. Si hubieran tratado de sujetarlas acaso no habrían vuelto.

Y añadió besándola suavemente:

—Pero lo principal es que te amo como tú me amas a mí, más tal vez.

Y ella se dejaba besar, acariciar y consolar. Su alma acobardada necesitaba de aquellos mimos alentadores.



X

Antes de acostarse recibió un recado que la sorprendió. Al Manning acababa de llegar del pueblo e iría a visitarla al día siguiente por la tarde.

Esto le hizo recordar aquella vida de la que había huído. La paz del pueblo, el amor sencillo de su madre, la vida humilde y tranquila, las ingenuas y tenaces pretensiones de Al.

Y en este momento de exacerbación sentimental, casi le pareció mejor lo que había dejado que lo que ahora tenía, es decir, lo que antes detestaba, que lo que siempre había constituido el supremo ideal de su vida.

Al día siguiente, Al fué a visitarla a la hora del te.

Se quedó estupefacto al ver el lujo de que Mariam vivía rodeada.

Y ella misma ¡qué distinta le parecía de la obrerita empleada en la fábrica de cajas de cartón!

No disimuló su asombro mientras estrechaba la mano que ella, amablemente, le tendía.

—No te hubiera conocido. Estás hecha una reina y esto es como un palacio.

—Ten en cuenta que han pasado tres años.

—Muy poco tiempo para haber realizado tan formidables conquistas. Cuéntame...

Pero ella le interrumpió:

—Ahora vamos a tomar el te y hablaremos con más tranquilidad.

Lo había preparado el criado sobre una mesita tan esbelta y fina, que parecía de porcelana.

Al se sentó enfrente de Mariam y encontró un nuevo motivo de admiración en los formidables sillones.

—¡Qué comodidad! Parecen camas. La verdad: no esperaba que hubieses llegado tan lejos.

—Me parece que das demasiada importancia a un sillón cómodo.

—No lo digo por el sillón. Lo digo por todo.

Entretanto, Mariam había servido el te.

—Soy yo la que tengo curiosidad por saber qué has hecho desde que nos separamos.

—No es muy interesante, pero, verdaderamente yo también he cambiado.

—Ya se ve en tu aspecto.

—Pues mi aspecto es lo que menos transformación ha sufrido. Es mi situación lo que ha mejorado mucho.

—¿De veras?

—Gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí. ¿Te acuerdas de cuando

empezaste a mandar dinero a tu madre?

—Sí.

—Fué después de casarte, ¿verdad?

—Sí—repuso Mariam, un poco turbada.

—Entonces ya eras la señora de Moreland...

—Estamos hablando de ti...

—Bien. Pues tu madre me mandó llamar para preguntarme qué podría hacer con el dinero que tú le mandabas y que a ella le parecía una fortuna. Le propuse hacer el negocio de contratista y ella accedió. Me establecí, tuve éxito, y ahora tu madre y yo estamos en camino de hacer una fortuna comparable a la tuya.

—Todo eso me satisface mucho, Al. Muchas veces he pensado que mi madre no sabría aprovechar lo que yo le enviaba.

—Pues ya ves como te has equivocado.

—Lo celebro mucho, Al.

—Todo te lo debo a ti.

—¡Bah! Pero dime: ¿a qué has venido a Nueva York?

—A ver si consigo una carretera.

En este momento se acercó un criado y anunció prudentemente:



—Míster Witney desea verla, señora.

—Que pase.

Al oír el nombre de Witney, Al había experimentado una profunda alegría. Sabía que aquel nombre correspondía a una persona influyente.

Mariam hizo las presentaciones y Al se desvivía por mostrarse amable con el concejal.

—¿Quiere beber algo?

—Con mucho gusto.

—Tenemos un coñac estupendo.

¿Quiere probarlo?

—Es una de mis bebidas favoritas.

Y mientras Al llenaba la copa, Mariam y Mark cambiaron una mirada de adoración y de inteligencia.

XI

Al, como amigo de la infancia de Mariam, se sentía casi obligado a hacer al visitante los honores de la casa y lo abrumaba con sus atenciones.

Él fué el iniciador de la conversación.

—Conozco a Mariam desde que era niña.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señor. Era una muchacha sumamente ambiciosa y muy distinta a como ahora es. Entonces le hubiese gustado a usted.

—No lo dudo.

—Trabajaba en una fábrica de cajas de cartón. De eso sólo hace tres años. Y ahora, mire lo que tiene. Una casa suntuosa, joyas, vestidos... en fin, todo lo que puede desear.

—Eso parece—contestó Mariam.

—¿Te falta algo? ¿Acaso un marido?

Y Mariam tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su turbación.

—No me interesan los maridos.

Al tuvo un gesto de sincero pesar.

—Ya sé que estás escarmentada.

Y preguntó a Mark:

—¿Conoció usted a míster Moreland?

—Sí.

—Seguramente era una mala persona. Para que Mariam se haya divorciado de él...

—En efecto, no era un modelo de nobleza.

Mariam se apresuró a desviar el tema de la conversación.

—Míster Manning ha venido para ver de conseguir el contrato de una carretera.

—¿Acaso ha venido a ver a Muldoon?—preguntó Mark.

Y Al preguntó a su vez:

—¿Es usted el concejal míster Witney?

—Sí.

—Entonces es usted el hombre que yo busco—exclamó Al alegremente—. Usted puede ser mi salvación.

—Prohibido hablar aquí de negocios—dijo Mariam.

—Bueno, iré al despacho de míster Witney.

—¡Qué ambicioso te has vuelto, Al! Estoy asombrada.

—Lo he aprendido de ti.

Y añadió, volviéndose a Mark:

—Todo se lo debo a ella. Es un gran corazón, ahí donde usted la ve.

—Nunca lo he dudado.

Se levantó Mark.

—Siento tener que marcharme.

—¿Ya se va usted, tan pronto?—preguntó Al.

—No tengo más remedio. Un asunto urgente me espera.

—Siendo así...

Le tendió Mark la mano. Al suplicó:

—Le agradeceré mucho que no se olvide de mí. Nadie como yo puede hacer esa carretera.

—Tendré mucho gusto en recibirle en mi despacho—fué la respuesta esperanzadora del concejal.



Mariam acompañó al visitante hasta el vestíbulo.

En el rostro de ella percibió Mark algo así como un vestigio del desdichado incidente de la noche pasada.

Por eso le satisfizo poder decir:

—Travers me encarga te pida perdón por lo de anoche.

—¡Quién se acuerda de eso!— mintió Mariam—. Está perdonado.

Y añadió:

—Te puede ayudar mucho.

—Gracias, Mariam. Una esposa no sería tan comprensiva como tú.

—Es que eso empieza por no pasarle a las esposas.

—Bien veo que no has olvidado aún. Eres buena y perdonas: eso es todo.

Se despidieron con menos calor que de costumbre y Mariam volvió a reunirse con Al.

Este estaba cada vez más contento.

—¡Qué suerte ¡Haber conocido a un hombre como Witney! ¿Crees que me concederá lo que le he pedido?

—Quizá sí.

—Estaba pensando en una cosa. ¿Por qué no le invitamos a comer?

—¿Para qué?

—Para conocerlo mejor. Su amistad equivale a mi éxito.

—Tienes razón.

—Pero entretanto no es cosa de que permanezcamos mano sobre mano. Hemos de aprovechar el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos divertirnos. ¿Sabes dónde podemos ir esta noche? A Coney Island. ¿Has estado allí alguna vez?

—Creo que fui cuando llegué del pueblo.

—Para algo ha de servirnos la suerte. Yo te aseguro que cuando sea rico...

—¿Y éste es el muchacho sin ambiciones que yo conocí en el pueblo?

—No. Aquél era un idiota.

—Un buen muchacho.

—De "un buen muchacho" a "un pobre muchacho" no hay mucha distancia.

—Me sorprendes, Al, con tus nuevas teorías.

—No sabes cuánto me alegro de que me dejaras. Me entró la ambición y ella es la que me ha empujado hacia arriba.

—Entonces te conviene vivir lejos de mí.

—Eso sí que no. Lo que es ahora, no te permitiré que me abandones.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Que te sigo queriendo—exclamó Al con decisión—. ¿Y tú a mí? ¿No te gusto más ahora?

Mariam contestó evasivamente:

—No es cuestión de gusto.

—¿Acaso tienes otro pretendiente?

Ella no pudo disimular un gesto de amargura.

—¿Otro pretendiente? No hay nadie que quiera casarse conmigo.

—Eso no es verdad. Aquí estoy

yo. Yo, que te lo pedí, te lo pido ahora y te lo seguiré pidiendo.

—Creo que debías ir a ver a Witney—propuso Mariam con el deseo de poner fin de algún modo a aquella conversación difícil.

—Es verdad—exclamó Al—. Esa carretera puede ser mi fortuna.

Y en sus ojos había un relámpago de ambición, de aquella ambición que había transformado a Al Manning hasta el punto de que Mariam lo había encontrado desconocido.

¿Era ahora mejor que antes?

A Mariam no se le había ocurrido hacerse esta pregunta.



XII

—Nuestro cemento ha dado siempre excelente resultado. Tenemos el equipo completo para hacer los trabajos. De modo que puedo responderle de que el resultado ha de ser sumamente satisfactorio.

Era Al el que hablaba así, sentado ante la parte trasera de la mesa de despacho, amplia y magnífica, de Mark.

Este le contemplaba con un gesto de benevolencia y cuando Al le ofreció un cigarro, un cigarro que había comprado expresamente para ofrecérselo, Mark lo tomó y lo dejó a un lado.

—Este para después. Ahora vamos a fumar de los míos. Estoy seguro de que le gustarán.

Abrió un cajón de la mesa y extrajo una preciosa caja de madera. De ella, a su vez, sacó otra caja, también de madera, pero alargada como el estuche de un collar.

Se la ofreció a Manning y éste la contempló asombrado.

Mark había sacado otra caja. La abrió, extrajo de ella un enorme cigarro y arrojó el estuche a la papelera.

Todas estas operaciones habían sido atentamente observadas por Al, al que no cabía en la cabeza que se fabricaran cajas tan bonitas para tirarlas, y cigarros tan enormes que tirar la punta de ellos equivaldría a sacrificar medio dólar.

En cambio, el concejal no había

dado la menor importancia a la caja ni al cigarro. Después de arrojar aquélla encendió éste.

Al hizo lo mismo. Habló por fin míster Witney.

—Me siento inclinado a interceder por usted. Creo que se merece ese contrato. Se ve que tiene usted grandes deseos de subir.

—No lo sabe usted bien—repuso Al, dominado por viva emoción ante las esperanzas que Mark acababa de darle—. Este contrato es muy importante para mí... y para otra persona.

—¿Una mujer?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—No es el primer caso. A los hombres nos gusta creer que estamos solos, pero generalmente tenemos una mujer a nuestro lado.

—Ahora sólo le falta adivinar quién es la mujer.

—¡Vaya usted a saber! ¡Hay tantas mujeres en el mundo!

—Pues es Mariam.

La sorpresa inmovilizó a Mark. Al, interpretando mal aquel gesto, explicó:

—La señora de Moreland.

—¡Ah!—dijo Witney recobrando la sangre fría necesaria para disimular.

—Siempre he estado loco por ella. ¿No le parece que es una mujer digna de volver loco a cualquiera?

—Cuando usted lo está...

—Tengo la suerte de que es libre.

Otra vez tuvo que disimular el concejal la impresión que las palabras de Al le producían.

—¿Se lo ha dicho ella?

—Me ha venido a decir que nadie la amaba. ¿No le parece que eso es lo mismo que decirme que está libre?

—En efecto...

Y, envuelto en la nube de humo del cigarro, Mark se sumió en el desconcierto y en la inquietud de las declaraciones de Manning.

Al seguía hablando, pero él no le oía.

Le distrajo la entrada de un ordenanza.

Este depositó sobre la carpeta un papel que decía:

*La señora de Moreland le llama al teléfono particular.*

Mark cogió el papel y se levantó.

—Un momento—solicitó de Al.—Soy con usted en seguida.

Y empuñó el auricular, sin que la sensación de asombro hubiera



desaparecido de su espíritu todavía.

—Mark al aparato.

—¡Hola, Mark Te he llamado para comunicarte una cosa muy chocante. ¿Sabes adónde me ha invitado a ir Al Manning esta noche?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues me ha invitado a Coney Island. ¿Verdad que tiene gracia?

—La verdad, no se la encuentro.

—¿Qué te pasa, Mark? Te noto algo raro.

—Pues no me pasa nada.

—¿De verdad?

—¿Es necesario que lo declare ante notario?

—Bueno, hombre. No te enfades. El caso es que no he tenido más

remedio que aceptar. Viene enviado por mi madre.

—Desde luego, debes ir.

—Ya nos veremos mañana.

—Eso es, hasta mañana.

Y Mark dijo al visitante, después de colgar el auricular:

—Lo siento mucho, pero no puedo dedicarle más tiempo.

—¿Malas noticias?

—No. Una inversión que temo perder.

—¿Invirtió mucho dinero?

—El dinero es lo de menos. Lo que siento es haber perdido el tiempo y el trabajo. Y algo más. A veces uno toma cariño a ciertas inversiones.

Una breve despedida y quedó solo y pensativo.

XIII

Fueron a Coney Island.

Mariam parecía un poco triste y preocupada. En cambio, Al estaba entusiasmado.

Todo cuanto veía le gustaba. Además, todo tenía para él aquella noche una estrecha relación con las palabras de esperanza que el concej al había pronunciado.

Giraban sobre el torbellino de un *tiovivo*, cuando Al dijo de pronto, mirando a Mariam:

—A los hombres nos gusta creer que estamos solos, pero generalmente tenemos una mujer a nuestro lado.

—¿De dónde has sacado eso?— preguntó Mariam, que no creía ca-

paz a Manning de la menor sutileza mental.

—Mark y yo hemos hablado de mujeres.

—¡Ah!

—Gracias a ti haré magníficas amistades. Esta es la primera de la serie. Ese Mark es un gran hombre. Me ha dado a entender que nos ayudará.

—¿A nosotros?

—Sí. Sabe todo lo que significa para mí ese contrato. Le dije que lo necesitaba para poderme casar contigo.

—¿Eso le dijiste? — preguntó Mariam sin poder disimular su turbación.



—¿Por qué no se lo había de decir? ¿Acaso es un secreto?

Calló Mariam, sumida en un mar de confusiones. Al continuó:

—La razón le impresionó mucho. Se ve que él sabe lo que es amar a una mujer. Se ha tomado mucho interés. Tengo el triunfo en el bolsillo. ¿No te alegras?

Ella intentó sonreír.

—Siempre me he alegrado de tus triunfos.

Pero la verdad era que por mu-

chos esfuerzos que hacía, no podía aparentar aquel goce que Al hubiera querido leer en sus ojos.

Por el contrario, la dominaba una honda preocupación, que ensombreció su frente durante el resto de la noche.

Ahora comprendía la frialdad con que él le había hablado por teléfono. Era que Al ya había cometido la indiscreción de pronunciar ante Mark aquellas palabras que le habían inducido a dudar de la fidelidad y del amor de ella.

\* \* \*

A la tarde siguiente fué a casa de Mark. No tenía paciencia para esperar a que él fuera a verla. Necesitaba explicarle cuanto antes la verdad de todo lo ocurrido. Necesitaba decirle que, por encima de to-

do y de todos, estaba y estaría siempre su amor hacia él.

Y ya estaba arrepentida de haber llevado demasiado lejos su enfado por el hecho ocurrido durante la fiesta en que Travers se pre-

sentó acompañado de aquella pobre muchacha.

Todavía no había ido Mark, y decidió esperarlo.

Llevaba tan sólo unos minutos de espera, cuando oyó la voz de su amado cerca de la puerta, alternando con otras voces masculinas.

Era indudable que venía acompañado. Pasó prudentemente a un gabinetito reservado, y desde allí vió cómo entraba Mark rodeado por algunos caballeros, casi todos conocidos por ella, pero no merecedores de su confianza.

—Estoy impaciente por conocer ese secreto, señores—dijo Mark.

—¡Es algo muy importante!

—Eso ya lo sé. Lo que me falta saber es en qué consiste eso tan importante.

—Pues bien, vas a saberlo. Te vamos a hacer gobernador.

—¡Caramba! Sí que es importante.

—El fin de tu carrera había de ser ése.

—Acepto la candidatura y agradezco vuestro interés.

Uno de los graves señores le cogió de un brazo.

—Pero antes hay que dejar solucionado un pequeño asunto. Se

trata de la señora de Moreland. Es conveniente que la dejes. No hay que ofender los sentimientos de las personas demasiado escrupulosas.

—Eso está solucionado—repuso Mark alegremente.

Y se sorprendía de la coincidencia de que él hubiera tomado tan oportunamente la decisión de solucionar aquel asunto.

Después de hablar con Manning y cuando creyó ver cerca el peligro de perder a Mariam para siempre, se dió cuenta de que no podría vivir sin ella y de que la amaba lo suficiente para hacerla su esposa. Y decidió casarse.

—Eso está solucionado—repitió.

—¿La dejarás?

—Nada de eso. Antes de las elecciones me habré casado con ella.

A ninguno de sus amigos hizo la menor gracia la noticia.

—¡Pues sí que se te ha ocurrido una solución!

—¿Os parece mal?

—Naturalmente. En primer lugar, dejas de ser soltero, que es lo que te aseguraba los votos de las mujeres. En segundo lugar, la gente murmurará de ti y la murmuración es el peor enemigo de un candidato.



—Entonces, ¿pretendéis que la deje sin más ni más?

—Cásala con otro. Eso no te será difícil y te asegurará su gratitud.

—¡Basta!

Y Mark había lanzado esta exclamación de un modo tan rotundo, que todos obedecieron instantáneamente.

—Creí que buscábais un hombre de honor. Ahora veo que me he equivocado.

—Esos sentimentalismos no sirven para nada. ¿Es que vas a sacrificar tu magnífica carrera por una mujer?

—Sí.

—No te comprendo.

—Como que tenemos una opinión muy distinta del honor.

—Pero piensa en que...

—He dicho mi última palabra, señores. Por nada del mundo me volveré atrás.

Los generosos amigos se encogieron de hombros. Si Mark quería cometer aquella especie de suicidio político, allá él.

Ellos se lavaban las manos.

Y se marcharon haciendo comentarios desfavorables acerca de la "ridícula" conducta de Mark.

XIV

Mariam lo había oído todo. Y no estaba contenta, sino anonadada. La mayor ilusión de su vida era casarse con aquel hombre, que era el único al que había amado y amaría en el mundo. Pero su conciencia, su mismo amor, aquel amor abnegado y propenso al sacrificio, como todos los amores verdaderos, le impedía aceptar el propósito de Mark.

Casarse con ella representaba para él un enorme sacrificio. Su carrera, su porvenir, todas las ilusiones concebidas en los triunfos que le habían ido encumbrando poco a poco, se desmoronarían en un instante si se casaba con ella. En cambio, si renunciaba a aquel matri-

monio, sería gobernador y tendría posibilidades de seguir ascendiendo en su magnífica carrera. A lo mejor, llegaría a ser el primer hombre de los Estados Unidos.

No, no podía ella ser cómplice de este enorme sacrificio y, para evitarlo, se dispuso a realizar otro, también formidable, pero que dejaría en su alma el dolor y no el remordimiento.

Vió que Mark quedaba absorto, de espaldas a la puerta, y éste fué el momento que pudo aprovechar Mariam para salir y fingir que llegaba de la calle.

—¡Hola! ¿Tenías visita?

—¡Hola, Mariam!—exclamó él alegremente—. No te esperaba.



Ella le miró con forzada severidad.

—Ya sé lo que quieres decir: que no debía haber venido sin avisar.

—¡Qué tontería!

—Basta de disimulos. Ten el valor de ser franco.

Y añadió sarcásticamente:

—Lo mejor sería que me apuntaras en un cuaderno lo que debo hacer. Los empleados, durante las horas de trabajo, harán lo siguiente... ¡Estoy harta ya de esta comedia!

Y cuando esperaba que el orgullo de Mark estallara, facilitándole la ruptura, oyó que éste decía con tono sumiso:

—Tienes toda la razón del mundo, querida. No te he tratado como te mereces. Pero eso se acabó. Oye esta pregunta: ¿Quieres ser mi mujer?

La emoción de Mariam era tan profunda, que no pudo articular una sola palabra.

Mark añadió:

—Esto te lo debía haber propuesto antes. Me salió mal una vez el matrimonio y te he hecho pagar a ti culpas ajenas. Procuraré compen-

sarte con un exceso de cariño. Cada día que pasa te quiero más.

Pero Mariam había tenido tiempo de reponerse y exclamó con tono zumbón:

—Tus lindas frases llegan tarde. Estoy comprometida con otro.

—No puedo creerlo.

—Te convencerás cuando veas que soy la esposa de Al Manning.

Estas palabras confundieron al concejal profundamente. Apretó los puños y exclamó:

—¿De modo que lo que me dijo ese imbécil es verdad?

—Al Manning no es un imbécil.

—¿Y esperaste a que me lo dijera él?

—Te lo iba a decir yo esta noche. No le previne y se adelantó.

—¡Pero, no, no puede ser verdad!—exclamó Mark negándose a dar crédito al hecho inaudito—. Tú me amas.

—Eres demasiado vanidoso. Ni te amo ni te he amado nunca. Los seis últimos meses que he pasado a tu lado han sido para mí de mortal aburrimiento.

—No hay mujer capaz de fingir un amor tan perfecto como el que tú me tienes.

Y Mariam, aparentando cada vez un cinismo mayor, repuso:

—El dinero hace milagros. Creo que lo he hecho bastante bien. Ahora tengo ahorros que me permitirán retirarme a descansar, llevar una vida tranquila al lado de un hombre que no me exige ser señora. Señora. Es otra de las cosas que han acabado por hastiarme. Es estúpido pretender que una mujer sea más que otra porque sepa pedir guisotes exóticos y vinos raros. Pues bien: he de decirte que todo eso, todas las joyas que me compraste y todo lo que he aprendido de ti, no han conseguido cambiarme. Todavía soy la trabajadora de la fábrica de cajas, oliendo a sudor y a cola. Soy ordinaria. ¡Y estoy satisfecha de ello! ¡Y me gusta Al Manning porque es de mi clase!

Tan perfectamente había sabido

fingir en aquel momento de desesperación, tan cruel fué su tono de cinismo y tan crudo su sarcasmo, tan despiadada la sonrisa con que coronó sus declaraciones, que Mark no tuvo más remedio que creerla.

Ciego de ira, alzó la mano y la dejó caer sobre el rostro de Mariam, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Miserable! Hasta las cocine-  
ras acostumbran dar dos semanas de tiempo.

Momentos después iba Mark en busca de sus amigos, para comunicarles su ruptura con la señora de Moreland y su decisión de aceptar la candidatura.

Y, al mismo tiempo, Mariam, presa de un dolor infinito y de una angustia mortal, lloraba el drama más intenso de su vida, drama nacido al calor del más noble sacrificio.



XV

—¡Con Mark de gobernador, haré una carretera de aquí a la China!

Era Al Manning el que había lanzado esta exclamación. Se había enterado por los carteles, que rápidamente invadieron las calles, de que Mark se presentaba en las próximas elecciones, y le había faltado el tiempo para ir a hablar con Mariam.

Sus primeras palabras se refirieron a la pregunta que él le hizo días atrás acerca de si le aceptaba por esposo.

Un "sí" que era como un suspiro de dolor se había escapado de los labios de la mártir, llenando de alegría el corazón de Al Man-

ning, alegría que cayó sobre la de saber que Mark iba a ser todavía más influyente de lo que era.

—Decididamente, vamos a ser muy felices. ¿No te parece, Mariam?

—Tal vez.

—¿Por qué lo dudas?

—No es que lo dude. Es que...

Se detuvo. Era demasiado grave lo que iba a decir.

Y como Manning la apremiaba, ella explicó:

—He de decirte una cosa muy importante.

—Pero dílo pronto—suplicó Al con impaciencia—. No me hagas esperar más, que ya he esperado durante tres años.

A M O R E N V E N T A

—Pues bien, Al, has de saber que yo no me he casado nunca.

El se quedó estupefacto.

—Entonces, todo eso del divorcio...

—Mister Moreland no ha existido. Fué un apellido que inventó Mark para que yo tuviera la libertad de una señora de experiencia, casada y divorciada.

—Entonces, ¿Mark?...

—Sí.

—¿Tú su amante?

Mariam no contestó. Su cabeza se había abatido y permanecía doblada sobre el pecho, como un signo de desolación infinita.

—¡Y yo estaba dispuesto a casarme contigo!

Y, todavía en el primer impulso del desencanto y de la indignación al verse al borde del engaño, añadió con creciente crueldad:

—¡Ni quiero tocarte! ¡No quiero nada de segunda mano! ¡Te creía una mujer decente y ahora veo que estás muy lejos de serlo!

—He amado a Mark Witney —se defendió Mariam.

Y Al contestó con una carcajada:

—¿A eso le llamas amor? No me hagas reír. Querías vestidos, dine-

ro, joyas. Y lo has conseguido a costa de convertirte en una mujer de la calle.

Y aun se estaba riendo cuando, de pronto, se detuvo. Se había acordado de su contrato, del contrato de la carretera que deseaba conseguir.

—Pero no hace falta que Mark sepa nada de esto—dijo cambiando radicalmente de tono.

—Comprendido —repuso Mariam irónicamente—. Lo que tú anhelas es el contrato.

—Me sabría muy mal perderlo, ésa es la verdad. Supongo que tú no tomarás tan a pecho lo que te he dicho, que...

—¡Basta, Al! Hace un momento te temía y me sentía inferior a ti. Ahora me repugnas y veo que vales mucho menos que yo.

Al comprender que su contrato estaba definitivamente perdido, la desesperación de Al no tuvo límites. Su mezquindad de espíritu ni siquiera le permitió disimular un poco su codicia y, a punto de brotar las lágrimas de sus ojos, imploró:

—¡Olvida todo lo que he dicho, Mariam! No he querido ofenderte. Para que veas que te considero una



mujer digna, te propengo casarme contigo si me consigues el contrato.

Pero Mariam no tuvo más contestación que indicarle el camino de la puerta.

XVI

Los rivales de Mark estaban desesperados. Veían la elección perdida y estaban decididos a no dejarse arrebatar un triunfo que hasta hacía algunos días daban por seguro.

Uno de ellos había encargado del asunto a un desaprensivo que contaba con multitud de secuaces.

Y éste había reunido a sus hombres en su despacho.

—Esta noche—decía—ese estúpido de Mark Witney da un mítin en uno de los principales teatros. Hay que empezar una campaña vio-

lenta. Lo tiene todo a su favor: dinero, posición, juventud, simpatía... y ganará la elección si no procedemos enérgicamente.

—Es que a su alrededor...

—A su alrededor no hay más que cobardes. Los podemos vencer fácilmente. Que todos estén en el teatro esta noche. No le dejéis pronunciar su discurso. Confundidle a fuerza de interrupciones. Y entonces jugaré yo la carta decisiva.

—¿Cuál es?

—El escándalo. Hay en la vida

de Witney una mujer, la señora de Moreland, y voy a lanzar su nombre. Vivieron juntos tres años y se separaron al empezar la campaña. Probablemente está escondi-

da hasta después de las elecciones. Pero de nada le habrá servido esconderse, porque voy a descubrirla yo. Y entonces veremos quién vota a Mark Witney.

\* \* \*

El teatro rebosaba de una distinguida multitud y estaba espléndidamente iluminado.

Todo hacía esperar un triunfo rotundo de Mark. Las calles estaban llenas de su nombre y el pueblo comentaba favorablemente los términos en que la candidatura estaba redactada:

“Mark Witney representa el hogar, el país y el Estado. ¿Por qué? Porque es honrado y leal. Votad a Mark Witney y os haréis un bien a vosotros mismos.”

Y esto se leía en grandes carte-

les, en la primera página de los periódicos, en las pantallas de los cines, en grandes anuncios luminosos que se apagaban y encendían sobre los tejados en mil combinaciones.

Era una propaganda intensa y a la que el público respondía, porque la figura de Mark era realmente simpática.

Así se explica la ferocidad de sus rivales y la desesperación de los que estaban pagados para combatirlo.

Entre el público del teatro predominaba el elemento femenino,



para el cual tenía Mark atracciones especiales. Los hábiles organizadores habían acertado a engalanar la sala con una elegancia y un buen gusto que estuvieran de acuerdo con la gentileza y distinción del candidato.

Con todo esto, algunas damas experimentaban el mismo entusiasmo que si se hallaran en una gran fiesta de sociedad, en vez de encontrarse en un mítin político.

Ya estaban los enemigos distribuidos por las diversas localidades del coliseo.

La expectación que el mítin había despertado tenía especial importancia y significación.

Llovía torrencialmente y, a pesar de la lluvia, no cesaba de llegar gente al teatro, que luchaba enconadamente por hallar un hueco donde colocarse.

Uno de los que habían realizado este acto de simpatía hacia el futuro gobernador era Mariam.

Fácil era suponer lo que la había empujado allí, bajo el desbordamiento abrumador de las nubes.

Aunque hubiera estado nevando y hubiese tenido que ir descalza, habría ido. Desde que se separara de Mark, no había desperdiciado una sola ocasión de verle sin que él la viera a ella. Y no sabía si esto era un consuelo para su dolor o si lo aumentaba.

De lo que no podía dudar era de que todos sus esfuerzos para sobreponerse a aquel impulso misterioso que la empujaba ahora al teatro, habrían sido inútiles.

Cuando llegó, la sala estaba abarrotada de público. Esto no la contrarió. Antes bien, le daba la seguridad de que pasaría inadvertida.

Alguien se levantó de una de las butacas de las primeras filas, y Mariam, que estaba cerca, pudo ocuparla.

Y allí, trémula de anticipada emoción, encogiéndose como si temiera que alguien la viese y la reconociera, esperó el anhelado momento en que Mark había de aparecer en el escenario.

\* \* \*

Fué acogido con un aplauso unánime y entusiasta.

Con una naturalidad que daba a su oratoria una extraordinaria fuerza de captación, fué tratando los principales puntos de su programa: las pensiones para la vejez, las casas baratas...

—Ahora—dijo—hablaré de las prisiones. No persigo la reforma de nuestras cárceles, sino su desaparición absoluta. La reforma debe ser externa. Todos somos honrados y sólo las circunstancias empujan al hombre al crimen. Hay que evitar y así no necesitaremos castigar. Evitar la propagación de las enfermedades con medidas sanitarias y no tendréis que curarlas. Este sistema es el que yo me propongo aplicar a los delitos.

Entonces se levantó una voz desde el segundo piso:

—¿Y qué nos dice de la Sociedad de Naciones?

Mark, sin inmutarse, alzó la cabeza y repuso:

—Yo digo lo que dijo Jakson. La gente prospera cuando cuida de su casa.

El tono y la rapidez de la contestación levantaron una carcajada general, que era la mejor crítica contra el interruptor y la mayor adhesión a Witney.

Este prosiguió su discurso. Nuevas interrupciones y nuevas respuestas rápidas y certeras que desconcertaban a los interruptores.

Pero éstos eran tantos, que acabaron por producir una gran confusión cuando el público se levantó a protestar contra ellos.

Por fin, logró Mark calmar los ánimos con estas enérgicas palabras:

—Señoras y señores. Me permito recomendarles una absoluta tranquilidad. Pase lo que pase y hagan



lo que hagan esos embozados enemigos, el discurso que ellos no quieren oír será pronunciado esta noche. Nada ni nadie me impedirá lanzar a los cuatro vientos las honradas verdades de mi programa.

Pero apenas había terminado de pronunciar estas palabras, y cuando ya el público esperaba la continuación del discurso, desde un rincón de la sala surgió esta pregunta, que fué a clavarse como un puñal en el pecho del orador:

—¿Quién es la señora de Moreland?

Y hubo un silencio angustioso. Mark permanecía inmóvil y pálido en medio de la escena.

Era como si todo su valor y toda su energía se hubieran escapado de pronto de su ser.

—¿Quién es la señora de Moreland?—repitió la misma voz.

Y otra añadió:

—¿Por qué no contesta ahora?

Evidentemente, Mark se estaba hundiendo en el fracaso. Su silencio, su turbación, eran pruebas indiscutibles de que aquel nombre de mujer encerraba algún misterio relacionado con el candidato, algún misterio inconfesable y tal vez deshonesto.

Y seguía el silencio de Mark y continuaba la pregunta surgiendo de todos los rincones del teatro, para martillarle las sienes y acribillar su corazón.

Y de pronto, cuando ya el público empezaba a ponerse de parte de los interruptores pidiendo una explicación al orador, Mariam, heroica, se puso en pie y dijo en voz alta:

—Yo explicaré quién es la señora de Moreland.

Todo el auditorio se volvió hacia ella y Mark la contempló con ojos desorbitados por la estupefacción.

¿Qué iría a decir? ¿Tendría la crueldad de haberse aliado a sus enemigos para acabar de hundirle?

Pero ya volvía a oírse otra vez la voz de Mariam:

—Esa señora no tiene nada que ver con Witney.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó uno de los interruptores.

—Porque la señora de Moreland soy yo.

La inesperada respuesta desconcertó a los interruptores. Mariam prosiguió:

—No es nada mío. Es todo vuestro. A los que interrumpen, he de hacerles una pregunta: ¿Dónde es-

tá el crimen que ha cometido? ¿Es acaso un ladrón, un farsante, un asesino? No, no es nada de eso. Su delito consiste en haber tenido un corazón muy grande y haber amado a una mujer. ¡A una mujer que también le ha amado a él con toda su alma! Pero ya no hay nada de eso. Estad tranquilos. Witney es todo vuestro. Witney es un hombre inteligente y honrado. ¿Acaso esos que interrumpen, que cobran por interrumpir, pueden decir lo mismo? ¡Ser honrado e inteligente!... ¡Ahí es nada! Votad a Witney. Tened la seguridad de que no ha de defraudaros. Tiene todas las virtudes que puede reunir un hombre. ¡Creedme! ¡Votad a Witney!

Y como ya los sollozos la impedían continuar, buscó presurosa la salida.

Mientras avanzaba por el pasillo, el público empezó a reaccionar y acabó por premiar con una salva de aplausos el rasgo magnífico de aquella mujer.

Mark estaba aún bajo los efectos de la sorpresa que la insospe-

chada escena le había producido.

Y en su alma surgió como una llamarada esta afirmación: "Te ama."

Y después se dijo: "Es todavía mucho mejor y más digna de ti de lo que tú creías."

No tuvo tiempo de hacerse nuevas reflexiones.

Salió del escenario, ganó la calle y echó a correr en pos de Mariam.

Seguía lloviendo torrencialmente. Pero eso no le importó lo más mínimo. Ni siquiera se dió cuenta.

La alcanzó cuando ella, rendida por el llanto, se había apoyado en la pared, indiferente también al agua que caía a raudales sobre sus hombros.

—¡Mariam! ¡Mariam!

Ella se volvió y creyó estar soñando cuando los brazos de Mark la rodearon tiernamente.

Y aun fué más honda e intensa su felicidad cuando oyó que Mark le decía:

—Gane o pierda, tú estarás a mi lado y serás la señora de Witney.

F I N



# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	La actriz.	La incorregible.	La divorciada.
El gran desfile.	Mister Wu.	El malo.	Madame Satán.
Miguel Strogoff o el	Renacer.	El pavo real.	¿Cuándo te suicidas?
Correo del Zar.	El despertar.	Bajo los techos de París.	Marianita.
La princesa que supo	Las tres pasiones.	Wu-li-Chang.	El carnet amarillo.
amar.	La melodía del amor.	Montecarlo.	Honrarás a tu madre.
El coche número 13.	Cristina, la Holandesa.	Camino del infierno.	Su última noche.
Sin familia.	¡Viva Madrid, que es mi	¡Mío serás!	Las alegres chicas de
Mare Nostrum.	pueblo!	¡Aleluya!	Viena.
Nantás, el hombre que se	Sombras blancas.	La mujer que amamos.	¡Viva la libertad!
vendió.	La copla andaluza.	Al compás de ¾.	Malvada.
Cobra.	Los cosacos.	La princesa se enamora.	El teniente del amor.
El fin de Montecarlo.	Icaros.	Amanecer de amor.	Deliciosa.
Vida bohemia.	El conde de Montecristo.	El gran desfile (edición	Cielo ro ado.
Zazá.	La mujer ligera.	popular).	Amargo idilio.
¡Adiós, juventud!	Virgenes modernas.	Du Barry, mujer de	Honor entre amantes.
El judío errante.	El pagano de Tahiti.	pasión.	Para alcanzar la luna.
La mujer desnuda.	Estrellas dichosas.	La viuda alegre (edición	El hombre que asesinó.
La tía Ramona.	La senda del 98.	popular).	¡Ríndase!
Casanova.	Esto es el cielo.	Ángeles del infierno.	La calle.
Hotel imperial.	Especismos.	Cuerpo y alma.	El prófugo.
Don Juan, el burlador	Evangeline.	El impostor.	Milicia de paz.
de Sevilla.	Orquídeas salvajes.	Esposa a medias.	Amores de medianoche.
Noche nupcial.	El caballero.	Esclavas de la moda.	Miguel Strogoff o el
El séptimo cielo.	Egoísmo.	Petit Café.	Correo del Zar (edición
Beau Geste.	La máscara del diablo.	Jay que casar al príncipe.	popular).
Los vencedores del fuego.	El pan nuestro de cada	Inspiración.	La hermana de San
La mariposa de oro.	día.	El proceso de Mary	Sulpicio.
Ben-Hur.	Vieja hidalguía.	Dugan.	El demonio y la carne
El demonio y la carne.	Posesión.	En cada puerto un amor.	(edición popular).
La castellana del Líbano.	Tentación.	Marruecos.	La dama misteriosa.
La tierra de todos.	La pecadora.	¿Conoces a tu mujer?	Los claveles de la Virgen.
Tripoli.	El beso.	El millón.	Pareja de baile.
El rey de reyes.	Ella se va a la guerra.	La mujer X.	Alma libre.
La ciudad castigada.	Los hijos de nadie.	Gente alegre.	Al Capone (Pánico en
Sangre y arena.	El pescador de perlas.	Mar de fondo.	Chicago).
Águilas triunfantes.	Santa Isabel de Ceres.	La llama sagrada.	Mi último amor.
El sargento Malacara.	Las dos huérfanas.	La ley del harén.	Muchachas de uniforme.
El capitán Sorrell.	La canción de la estepa.	La fruta amarga.	Marido y Mujer.
El jardín del edén.	El precio de un beso.	Vidas truncadas.	Mata-Hari.
La princesa mártir.	La rapsodia del recuerdo.	La fiera del mar.	Congorila (fuera de se-
Ramona.	Delikatessen.	Tabú.	rie).
Dos amantes.	Del mismo barro.	El pasado acusa.	Carceleras.
El príncipe estudiante.	Enclavados.	Papá piernas largas.	Erase una vez un vals.
Ana Karenina.	Cuatro de Infantería.	Trader Horn.	Hombres en mi vida.
El destino de la carne.	Olimpia.	Un yanqui en la corte	Niebla.
La mujer divina.	Monsieur Sans-Gêne.	del rey Arturo.	Rebeca.
Alas.	Sombras de gloria.	El código penal.	Indeseable.
Cuatro hijos.	Mamba.	La pura verdad.	Tarzán de los monos.
El carnaval de Venecia.	Ladrón de amor.	Maternidad o el derecho	El terror del hampa.
El ángel de la calle.	Molly (la gran parada).	la vida (fuera de serie).	La vuelta al mundo con
La última cita.	El valiente.	Carbón (La tragedia de	Douglas Fairbanks.
El enemigo.	¡De frente... marchen!	la mina).	Chica bien.
Amantes.	Prim.	Estudiantina.	Recién caídos.
Moulin Rouge.	El presidio.	Las peripecias de Skippy.	Champ (El campeón).
La bailarina de la Opera.	Romance.	¡Qué viudita!	La zarpa del jaguar.
Ben Ali.	El gran charco.	El camino de la vida.	Los amores de José Mo-
Los cuatro diablos.	Tempestad.	Noches de Viena.	jica (fuera de serie).
¡Ríe, payaso, ríe!	El dios del mar.	María.	El caballero de la noche.
Volga, Volga.	Anne Christie.	Cheri-Bibi.	Arsène Lupin.
La sinfonía patética.	Sevilla de mis amores.	Bésame otra vez.	La dama del 13.
Un cierto muchacho.	Horizontes nuevos.	Camarotes de luto.	
¡Nostalgia!	Ben-Hur (edición popu-	Los hijos de la calle.	
La ruta de Singapore.	lar).		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

En preparación:

## EL PECADO DE MADELON CLAUDET

por HELEN HAYES, LEWIS STONE,  
MARIE PREVOST, NEIL HAMILTON,  
etcétera.

## LA CASA DE LOS MUERTOS

por HOWARD PHILLIPS, PRESTON  
FOSTER, etc.

## HOLLYWOOD AL DESNUDO

por CONSTANCE BENNETT, LOWELL  
SHERMANN, etc.

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



No deje de coleccionar la nueva publicación

## EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Asuntos selectos, escogidos entre  
los mejores

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elis-  
sa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO,  
por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe  
Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por  
Mary Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por  
Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard,  
Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un  
coche), por Annabel'a y Jean Murat.

PAPÁ POR AFICION, por Warner  
Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Law-  
rence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA,  
por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

Nutrido texto - Interesantes ilus-  
traciones - Lujosa presentación

Precio: 50 céntimos

¡No se deje sorprender!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaie de la Paz, 10 bis. - BARCELONA



1

45993



E. B.

**Precio: Una peseta**